

se pinta casi al frente el vestido, se recoge hácia atrás, cae en burbujas de lienzo y como chorro, extendiéndose en amplia cauda que arrastra en el suelo.

El cuello, envidia del cisne, surge como un tallo de marfil por sobre borbotones de blondas leves como espuma; aretes y cadenillas bajan entre los rizos á esconderse en el seno, y remata el adorno en un milagro de peinado, con sombrero ó gorro con encajes, plumas y flores deliciosas.

Los guantes, la sombrilla, el abanico, el portamonedas, son inseparables de la *lady*, y se necesita que sea muy infeliz la fortuna, para suprimir esos adminículos que son como partes componentes de su fisonomía.

La recamarera gasta sombrilla, la cuidadora de los niños lleva guantes, canasta con verdura, y sombrilla, y gorro, la cocinera.

Anda enérgica y altiva la *lady*, recoge como al desgaire con su izquierda mano, sembrada de anillos, y que van besando las pulseras, su trage que revela calados y descubre encajes, y si la ven, ve más audaz, hasta humillar la mirada del que la persigue.

Por supuesto los ejemplares que sirven de contraste á esas beldades, son disparates en dos piés, blasfemias con chancas, faltas á la vergüenza con pañolones, con chaquetas burdas, colgajos, arambeles y nudos insultantes, piélagos de trapos de todos colores, entre los que naufraga una fisonomía llena de arrugas.

Pero en este país la vieja lucha, pide amparo al corsé, al tirabuzon y al moño, le auxilia el gorro, le sigue en su decadencia el abanico y la sombrilla, no se rinde al destino, no se cuelga de un rosario, ya que no de un lazo, ni se agar-

ra, como á una tabla, á un libro devoto, para sufrir el naufragio de las gracias. . . .

Estamos al frente de la plaza de la Union (*Union-Square*).

En efecto, las calles que han venido y marchan como en tropel en distintas direcciones, abren paso, forman como tendido espacio para dar lugar al campo que viene de improviso á visitar la ciudad, con su cortejo de árboles gigantes y su alfombra de verde césped.

Es un cuadrilongo la llamada plaza, adornada de bancas de fierro y cruceros que encarrilan y acuchillan la verdura y forman en el centro espaciosas glorietas.

Vense por entre las tendidas ramas y los bellos calados del follaje, la fuente vaporosa que alimenta en sus aguas peces de colores.

En los troncos de los árboles se ven más multiplicados que en otras partes los gorriones perseguidores de gusanos, y algunas casitas tienen figuras caprichosas y sus letreros, como si se tratara de una ciudad aérea. Los letreros dicen: —*Reten de policía.*—*Persecucion de bandidos.*—*El palacio de las aves.*

Domina la plaza la estatua ecuestre de Washington, muy inferior, bajo el punto de vista artístico, á nuestra estatua de Carlos IV; tiene 14 piés de altura la figura ecuestre, y todo el monumento 29: al extremo opuesto, y sin simetría, está la estatua de Lincoln y en medio la de Lafayette.

Como asistentes, ó haciendo los honores á la gran plaza, compiten arrogantes, levantándose, grandiosos edificios de ladrillo, piedra, mármol, fierro y cristales.

Por una parte, se descubre el edificio en que se venden los célebres pianos, tan apreciados en México, de Stenway

é hijos, y la gran sala de música construida bajo las mejores reglas acústicas.

Junto á una iglesia desairada, aunque de construcción reciente, está el Hipódromo, teatro de los ejercicios ecuestres, en otro tiempo de gimnásticos distinguidos.

Los grandes Hoteles de Everett y otros, están al Norte y como brindando á la plaza sus obsequios, en competencia con la célebre fonda de Delmónico; y por fin, al Oeste, en un extremo, se ve un edificio negro con filetes de oro en sus columnas, ventanas y cornisas del primer piso, que tiene cristales de cinco y seis varas, gruesos como paredes diáfanas.

Ese edificio es la célebre joyería de Tiffany y C<sup>a</sup> de Paris, que ocupa el lugar donde ántes estaba la iglesia Puritana del Dr. Cheever.

La joyería tiene cinco pisos, y en cada uno de ellos nos sorprende con nuevas invenciones el lujo, y con más inesperados caprichos la naturaleza y el arte. No sería exagerado decir, que lo que abarca la simple vista puede importar sobre cinco millones de pesos.

Sentéme con Francisco frente á los árboles.

—Ve, me decia, la falta de buen gusto que se echa en cara, exagerando á veces, á los americanos.

Esos edificios son altísimos, y no de palo sino de cantería, de mármol y de fierro; pero mira qué angostos y espichados; las ventanas, así colocadas, les dan aspecto de troje: esa es la arquitectura del palomar.

Mira esos dos edificios amarillos como dos dominós; uno, sin embargo, es el Hotel Everett.

—No despiertan ideas de casa, son como muebles, pare-

ce que se van á trasportar, parecen roperos, son como un hombre forrado en un lienzo de cuadros; por eso los costados son impasables.

No hay proporciones de altura y anchura, no la balconería saliente, no la cornisa, no la azotea que la corona; no hay fachadas, hay forro; no se trata de edificios, sino de estuches colosales, de amontonamiento de piezas.

—Es cierto; pero esos otros edificios no están en el mismo caso, me decia Francisco con su imperturbable buen sentido: allí está la columna y el ancho espacio de la ventana, el balcon y el pórtico.

—Verdad, insistia yo; pero esas son excepciones: en esta calle, como en otras, y siempre la parte alta, es el palomar y el granero.

Muchos de esos balcones son como cenefas, como balaustradas, no tiene con ellos que ver la gente, y esos claros son el nicho. Ahora, niega que ese Lincoln parece un acólito; que ese caballo de Washington tiene un cuello como un contrabajo y que ese Lafayette parece un peluquero que va de prisa á su negocio... y esa estatua es de Bartolli.

—No te apasionas; tienes razon en cuanto á que debería haberse cuidado de la forma; pero estas estatuas contienen grandes enseñanzas y profundas miras, miéntras que, ¿qué es lo que representa como enseñanza nuestra magnífica estatua ecuestre? A Cárlos IV ménos digno de la estatua que su caballo, y más paciente que un buey.

Yo no me canso de admirar á Washington y olvido los defectos de su estatua.

Washington es de los pocos hombres que glorifican la

humanidad. Es la más grande y noble personificación de la virtud patriótica; es la realización del ideal del ciudadano.

Honradez profunda, sentimiento íntimo de la libertad, olvido de sí mismo por amor al pueblo: ¿qué más puede gloriarse á la especie humana?

—Washington nació en Virginia, ¿no es cierto? interrumpí á Francisco.

—Nació en Virginia, siguió diciendo, en 22 de Febrero de 1732, en el condado de Westmoreland, y murió en medio del conflicto con la Francia en Mont Vernount, el 14 de Diciembre de 1799.

De oro debería ser esa estatua, continuó Francisco, con pedestal de piedras preciosas.

No ciñe el génio con sus resplandores su frente; en él nada deslumbra, todo persuade y conmueve.

Idólatra del deber, su vida entera es una consagración sublime; la verdad forma la base sólida de aquella convicción del hombre honrado.

Concentra en la libertad individual, es decir, en el derecho por excelencia, sus más firmes creencias, y hace ciertos los que parecían ensueños para la exaltación de la dignidad humana.

El hombre en la integridad de su conciencia; el hombre en la incolumidad de su razón y de su acción; la libertad sin otra cortapisa que el ajeno derecho para producir la armonía universal, esa es la misión de Washington y esa la tendencia augusta de la verdadera civilización.

Así, todos y cada uno saben que gobiernan y que asumen la responsabilidad de la suerte de la patria.

Las civilizaciones antiguas, acaso por reminiscencias de

la India y de la Grecia, pero caracterizándose en la romana, crearon dos entidades diferentes, mejor dicho, antagónicas de los pueblos y los gobiernos; hicieron incompatibles sus intereses, y no hubo sino pobres y ricos, nobles y plebeyos, oprimidos y opresores.

Para la creencia el sacerdote; para la acción el funcionario; para la defensa el soldado, que no son sino mutilaciones de la personalidad. Washington reintegró al hombre en sus derechos y engendró el sentimiento eterno de la libertad, que no es, en último resultado, más que la glorificación del derecho.

El Gobierno, según ese redentor de las naciones, no es sino una fracción del pueblo encargado del orden; no fabrica felicidad, no construye moldes para sabios, ni para directores de escena; pone sencillamente las condiciones para el desarrollo de los pueblos. Mata la explotación del hombre, rompe los mostradores y las vendutas de falso patriotismo, y las drogas políticas y religiosas de todos los embaucadores.

Según el sistema antiguo: la tutoría, el escarmiento, la lucha de vencedores y vencidos. No cabe medio: domina el elemento popular encendiendo la guerra en el Gobierno, se exalta éste á expensas de las libertades públicas. El motín, la guerra. El farsante que se llama héroe, el cómico que se atavía con los arreos de vengador de los pueblos. Sistema de Washington: el amor y la paz.

—Tienes razón, Francisco; pero eso está en la raza ó en la educación: yo por eso no concibo un Washington francés, ni italiano, ni español.

—Cumple Washington un deber, como una función na-

tural, lo mismo victorioso en Boston, que retirándose entre las nieves del Delaware.

En medio de sus tropas, cuando más necesidad habria tenido otro hombre de prestigio, le pide el Congreso cuentas de los caudales públicos, y él descubre su cabeza, y obedece hasta hacer perceptible la inversion del último centavo. Rehusa toda recompensa; y el franqueo de su correspondencia, que no valdria un peso por semana, acepta como premio de sus servicios.

En cuanto al tipo del hombre: niño, le sorprenden en un juego en que rompe un arbusto y se confiesa culpable, desafiando la cólera paterna ántes que mentir.

Anciano, torna victorioso de sus campañas, aclamado padre del pueblo; deja á distancia las tropas para dirigirse á su santa madre, y en la larga conferencia, ni una sola palabra se habla, ni de las hazañas, ni de la posicion política del héroe.

Observa perfectamente Bastiat lo que tienen que influir en el mundo los recuerdos de la gloria romana y los caracteres de la idea democrática: á los unos pertenece la holganza de las clases, el estrépito de las conquistas, la ostentacion de la fuerza, el carácter épico de los héroes: á los otros conviene la paz, el trabajo, la desaparicion de las conveniencias personales para que la ley impere: el respeto al derecho en todo y para todo. Tal es Washington.

Washington fué grande, porque fué bueno, y fué héroe, porque supo olvidarse de sí mismo para pertenecer y servir al pueblo. Viendo así á la estatua, le disculparás sus defectos.

—Bajo ese punto de vista, Lincoln me parece un Mesías;

esa estatua es como un signo de redencion. Lafayette mismo simboliza el amor á la libertad.

—Para que rectifiques tu juicio sobre las *portaviandas* y *palomares*, como estás dando en llamar á los edificios, te llevaré por otras calles, y verás que hay de todo en la viña del Señor.

Ya verás: por ahora se puede decir que solo has saludado la calle de Broadway; ya verás los piés del gigante; ya tornarás los anteojos de teatro por los vidrios pequeños: tomaremos aquí un refrigerio....